

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 4 Marzo de 1893

Núm. 40

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



HOMENAJE AL POETA JOSÉ ZORRILLA, CON MOTIVO DE SU SOLEMNE CORONACIÓN
EN LA CIUDAD DE GRANADA

SUMARIO

Texto. — Al lector. — Crónica, por B. — SILUETAS MODERNAS: Zorrilla, por EDUARDO ZAMORA CABALLERO. — Nuestros grabados. — A buen juez mejor testigo, tradición de Toledo (poesía), por JOSÉ ZORRILLA (ilustraciones de APELES MESTRES). — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — Homenaje al poeta José Zorrilla con motivo de la solemne coronación en la ciudad de Granada. — Fachada del palacio de Carlos V en Granada. — José Zorrilla.

AL LECTOR

Deseosa LA VELADA de asociarse al testimonio de admiración elevado por toda España á la memoria del insigne é inspirado poeta José Zorrilla, le dedica este número del que forma parte una de sus leyendas más poéticas y más genuinamente castizas. Por haber querido componerlo con obras originales hechas adrede para el expresado propósito, ha tenido que retardarse algo la publicación de este homenaje al ilustre autor de las *Leyendas*, del *Poema á Granada* y del *Don Juan Tenorio*.



Crónica

El anciano Mr. Gladstone, primer ministro de Inglaterra, presentó á la Cámara de los Comunes su proyecto de *Home Rule* para Irlanda. Saben nuestros lectores que desde algunos años reina viva agitación en la verde Erin, agitación en parte social y en parte política. Decimos que presenta hasta cierto punto carácter social, porque en ella tienen especial representación las reclamaciones de los colonos, que cultivan propiedades mediante un canon anual. Ciertos propagandistas, deseosos de llevar el agua á su molino para conseguir más tarde ó más temprano una revolución social y política, han inculcado á los colonos ideas de resistencia contra el pago de las pensiones atrasadas y corrientes, produciéndose entre ellos y los propietarios conflictos que han hecho necesaria á veces la intervención de la fuerza pública. La *Liga agraria*, asociación irlandesa, extremó la lucha, llegándose al punto de que se cometieran crímenes, que en modo alguno pueden excusarse y menos disculparse. Con este movimiento social se enlazaba el político, dimanado de la manera como Inglaterra ha gobernado á Irlanda y del

deseo de ésta de lograr su autonomía, en la mayor extensión posible. El ministerio de lord Salisbury, opuesto á todas estas aspiraciones, dictó leyes de coerción para contener á los irlandeses y logró sin duda imponer á aquel país la tranquilidad material. No cesó por ello la propaganda política irlandesa, la petición repetida del *Home Rule* que había negado siempre lord Salisbury. Cuando subió al poder el ministerio liberal de Mr. Gladstone renováronse las esperanzas de los irlandeses por razón de las promesas que en la oposición les había hecho este hombre de Estado.

* * *

Mr. Gladstone cumplió su palabra presentando á los Comunes el 13 de Febrero su proyecto de *Home Rule*. En alguna ocasión hemos dicho que es prodigiosa la ancianidad de aquel personaje. A la edad de 83 años que cuenta, después de soportar todas las fatigas de la preparación de un proyecto difícil y complicado, Mr. Gladstone el citado día se presentó en la Cámara y por espacio de más de dos horas estuvo hablando sin demostrar fatiga física ni mucho menos fatiga en su inteligencia. En el proyecto se concede á Irlanda un Parlamento, que tendrá su asiento en Dublín, y se le otorgan numerosas prerrogativas de un carácter resueltamente descentralizador. El gobierno nombrará un virrey, que podrá oponer su veto á los acuerdos del Parlamento de Dublín cuando lo juzgue conveniente. Son muy diversos los pareceres sobre el expresado proyecto. Los conservadores y los unionistas ingleses lo atacan resueltamente, afirmando que con él se entrará en pleno federalismo, y que producirá que Irlanda se separe de Inglaterra. Estos partidos políticos, acaudillados por lord Salisbury, votarán contra el *Home Rule*. Entre los demás partidos unos aprueban el proyecto en todas sus partes, otros en sus puntos capitales, pero no faltan quienes lo juzguen todavía insuficiente, creyéndolo poco descentralizador y considerando precaria ó ilusoria la autonomía que se concede á Irlanda. El derecho de veto concedido al virrey es atacado sobre todo por los liberales más extremados y por los irlandeses separatistas, alguno de los cuales ha manifestado que lo admitiría entre las cláusulas de la ley, pero con la expresa condición de que se considerase letra muerta. Las discusiones en la Cámara de los Comunes serán calurosas. Quizás logre el gobierno que el *Home Rule* irlandés sea aprobado en dicha casa, mas se pregunta todo el mundo ¿qué porvenir le espera en la Cámara de los Lores, en donde están en escaso predicamento los principios que dominan en el proyecto? Su triunfo en esta Cámara es muy dudoso y acaso naufrague en ella.

* * *

Tienen los ingleses cosas curiosas, verdaderas excentricidades. ¿Quién diría que en el hemiciclo de la Cámara de los Comunes no hay asientos bastantes para todos los diputados? Esta falta de sitio ha dado origen á escenas graciosísimas. Se ha visto en alguna ocasión llegar á las puertas del palacio de Westminster á un diputado en un coche lleno de sombreros, penetrar en el salón de sesiones y distribuir los sombreros en varios puestos para marcar los de sus amigos políticos. El sombrero y una tarjeta de visita bastan para conservar un asiento. Otros diputados han ido á la Cámara á las siete de la mañana con el exclusivo intento de poner su sombrero y su tarjeta en un asiento y tenerlo así reservado para la hora de sesión. El día

en que Mr. Gladstone debía leer el proyecto de *Home Rule*, muchos diputados hubieron de permanecer de pie, metidos en los pasillos y en los rincones de la sala. El arquitecto que trazó el plan de aquel local entendió que nunca asistirían á las sesiones todos los diputados, y no previó el caso de que un asunto de intenso interés, como ha sucedido ahora, los atrajese á todos á la Cámara, dejando sólo de acudir á ella los enfermos ó inválidos.

* *

Consérvanse en Inglaterra vetustas prácticas que se conservan escrupulosamente, como una especie de ceremonial. Una de ellas consiste en el registro que hace en los sótanos del palacio de Westminster una ronda de *yeomen* ó soldados viejos de la guardia para asegurarse de que no hay en ellos ninguna sustancia explosiva. Cualquiera diría que este registro se lleva á cabo por miedo á los modernos anarquistas, y sin embargo no es así. Es práctica introducida desde que el famoso conspirador Guy Fawkes quiso hacer volar, hace cerca de tres siglos, el Parlamento por medio de algunos barriles de pólvora colocados en la cueva.

* *

Los proteccionistas franceses, ó mejor dicho, los diputados por los distritos vinícolas del Mediodía de Francia, no cejan en sus propósitos de recargar los derechos de introducción de los vinos españoles, con objeto de cerrarles el paso de los Pirineos. Hace poco se presentó á la Cámara una proposición de 80 diputados, en la cual se pide que en vista de la diferencia del cambio entre Francia y España se aumenten en cantidad de setenta céntimos por grado alcohólico hasta los diez grados y nueve décimas las tarifas mínima y máxima que se exigen por hectólitro por la importación de los vinos de España. Desde los once grados se pide para los diez primeros grados la imposición del derecho antes indicado y el pago, por cada grado más, de un derecho de aduanas igual al importe del derecho de consumos correspondiente al alcohol. Los que vendan vinos de procedencia extranjera deberán indicar el origen de los mismos. Esta propuesta causó profunda indignación en nuestro país, y el Gobierno, respondiendo á los deseos de la opinión pública, y especialmente de los productores de vinos, parece que adoptó resoluciones enérgicas para el caso de que la Cámara francesa acordase los expresados aumentos. Si así fuere, el Gobierno del señor Sagasta se halla pronto á denunciar el *modus vivendi* y el tratado sobre la propiedad industrial y literaria. El país aplaudirá que se muestre la mayor energía en el asunto y que se ataque á Francia con las mismas armas que ella emplea. Últimamente se decía que el ministerio francés se mostraba inclinado á combatir la proposición de los ochenta diputados, pero se dudaba del éxito que pudiese obtener, porque en la Cámara dominan en gran manera los diputados pertenecientes á los distritos vinateros del Mediodía.

* *

Van á contraer matrimonio el príncipe Fernando de Bulgaria y la princesa María Luisa de Parma. Hace tiempo que se habían proyectado los esponsales, y para hacer posible el matrimonio se revisó la Constitución búlgara, con el objeto de ver si dentro de ella había medio para asegurar la educación católica y el ejercicio de este culto para los futuros sucesores al trono. Sin esta condición la familia de Parma, que es sinceramente católica y muy piadosa, no hubiera consentido el matrimonio.

Vióse que esto podía hacerse, y entonces se decidieron los esponsales, que se retrasaron algunos días por causa de la muerte de la duquesa de Madrid. La desposada tiene veintitrés años. Se ha educado en el palacio de Schwarsan, próximo á la residencia del conde de Chambord, en Frohsdorf. La joven princesa se parece, según dicen personas que la conocen, á su abuela la duquesa de Berry, de la que tiene las facciones y la viveza de espíritu. El padre de la princesa María Luisa heredó el castillo de Frohsdorf después de la muerte del conde de Chambord. Descienden ambos novios de Fernando I, rey de Nápoles, y de su esposa la reina María Carolina, archiduquesa de Austria, hermana de la infortunada reina María Antonieta. Una hija del rey Fernando I, la princesa María Amelia, se casó con el rey Luis Felipe, abuelo paterno del príncipe Fernando de Sajonia Coburgo Gotha, actual príncipe de Bulgaria. La madre de la princesa María Luisa de Parma era bizneta del mismo rey Fernando.

* *

El estanco de las cerillas fosfóricas, acordado por las anteriores Cortes para procurar algunos ingresos más al presupuesto del Estado, ha tropezado en su planteamiento con algunas dificultades. Los expendedores, poco satisfechos del premio que se les concedía, manifestaron su descontento, y en algunas ciudades, entre ellas Madrid y Barcelona, dejaron de vender aquel artículo de tanto consumo. A la vez los consumidores censuraban lo raquítico y la mala calidad de la mercancía, doliéndose de que tengan que gastarse fósforos malos y caros cuando antes los había en todas partes buenos y baratos fabricados en España. Si en realidad el estanco de los fósforos produjese un pingüe ingreso al Tesoro y sirviese de alivio positivo á nuestra decaída Hacienda, podrían los consumidores llevar con paciencia las molestias del monopolio. Lo doloroso será que hayan de aguantarlos y que el arbitrio vaya á perderse en el mar sin fondo del presupuesto, no tocando de él en definitiva la Nación ventaja ninguna cierta.

B.

Siluetas modernas

ZORRILLA



Es basta á las mujeres el buen sentido, para resolver con una sola frase muchas de las cuestiones que á los hombres preocupan.

Así el día de la muerte del insigne cantor de *Granada*, una, que por cierto no presume de literata, oyendo leer en un periódico que el Gobierno buscaba precedentes para acordar los honores que se habían de rendir al cadáver del finado, preguntaba sin intención epigramática, pero haciendo un verdadero epigrama:

—¡Qué! ¿Se ha muerto alguna otra vez Zorrilla?

Esta sencilla pregunta encerraba una amarga censura del Gobierno, que buscaba precedentes para aplicarlos al que no los necesitaba, porque él por sí era un precedente, y un juicio crítico del egregio poeta que acaba de bajar á la tumba.

¡Zorrilla! No hay ni un solo español que no le conozca. Hace más de cincuenta años, desde 1837, todos hemos salido de la escuela de primeras letras, y entrado en la adolescencia, recitando los armoniosos versos del poeta más genuinamente español que ha nacido, desde el siglo de oro hasta la fecha. Pero no es sólo en España donde su popularidad reina con imperio avasallador. Lo mismo sucede en las repúblicas de América en que se habla nuestra lengua, y no es una paradoja decir que, durante mucho tiempo, el único lazo de unión que ha subsistido entre aquellos países, en mal hora desgajados de la patria española y su antigua metrópoli, ha sido el genio del trovador vallisoletano.

¿Qué mozallete no se ha creído un Don Juan Tenorio? ¿Qué estudiante no ha robado al *Digesto* y las *Pandectas* el tiempo que necesitaba para devorar las bellas y animadas descripciones de *Margarita la Tornera* ó *A buen juez mejor testigo*? ¿Qué dependiente de comercio no ha representado *El puñal del godo* en algún teatro casero? ¿Qué colegiala no ha soñado, al vestirse de largo, con las blancas tocas de doña Inés?

Todos, absolutamente todos, hemos sido esclavos de la dulce tiranía que, con su magia encantadora, ejercía sobre los espíritus el que ya no existe. Y cuando el frío de los años empieza á dejar sentir su influencia sobre los que ya pisamos los umbrales de la vejez, todavía nos sentimos rejuvenecidos, recordando con deleite las gallardías de aquel don Pedro I de Castilla, que cuando va á visitar en su cueva de nigromántico al embajador del rey moro de Granada que conspira contra él, dice á sus ballesteros:

Aquí, lebreles, y alerta,
y á mí primera señal
le echáis al cuello un dogal
y le ahorcáis de esa puerta.
— Ved qué es ese hombre, señor,
embajador de Granada.
— ¿No acuso, pues, la embajada,
si cuelgo al embajador?

Zorrilla dialogaba siempre con esta naturalidad admirable.

Cuando había escrito una cosa en verso, parecía imposible decirla en prosa con mayor sencillez ni con más concisión.

El padre de don Juan Tenorio, entra en la hostería, donde sabe que su hijo está citado, para relatar sus aventuras, en cumplimiento de la apuesta hecha con Mejía, y la escena comienza de este modo:

— ¿La hostería del Laurel?
— En ella estáis, caballero.
— ¿Está en casa el hostelero?
— Estáis hablando con él.

Es imposible decirlo mejor. Renuncio á seguir copiando, porque para dar idea de todas sus bellezas sería necesario traer á estas columnas la escena entera, y no es ese mi propósito.

Con el título de *Recuerdos del tiempo viejo* escribió para *El Imparcial* larga serie de artículos que vienen á ser una especie de autobiografía, en que el poeta da cuenta, no sólo de los hechos que constituyen su vida privada, sino, lo que es más interesante, de su historia literaria.

Allí puede enterarse el lector de que Zorrilla nació en Valladolid en Febrero de 1817, siendo hijo de un alto funcionario de la magistratura; estudió en Madrid en el Seminario de Nobles, y pasó á Toledo para seguir la carrera de Derecho. Fugóse de Toledo, emancipóse de la autoridad paterna, y á los veinte años se dió á conocer

como poeta genial y de altos vuelos, leyendo en el cementerio, con motivo del entierro de Larra, una poesía que desde luego le señaló á los ojos de los inteligentes como hijo predilecto de las Musas. La publicación de algunas de sus leyendas demostró que no eran infundadas las esperanzas que había hecho concebir desde el momento de su aparición en el mundo literario, y las muchas obras dramáticas que dió á la escena acabaron de consolidar su fama y popularizar su nombre. Inquieto y aventurero por naturaleza, siempre en guerra con los editores y ávido de toda clase de emociones, marchó á París, donde vivió algún tiempo, componiendo y publicando su poema *Granada*. Embarcóse después para América, sentando sus reales en Méjico, donde encontró la más cariñosa acogida. El infortunado emperador Maximiliano le nombró su lector y le otorgó su amistad, honor que el poeta supo pagar con adhesión que ni la muerte ni los años han quebrantado, y después que su imperial amigo regó con su sangre el suelo de Querétaro, Zorrilla se fijó definitivamente en España, donde la Academia lo admitió en su seno y la ciudad de Granada le coronó en vida, proporcionándole la dicha de poder asistir á su propia apoteosis, celebrada con pompa verdaderamente regia.

Dice el erudito padre Blanco García, que tan eminentes servicios ha prestado á nuestras letras con la publicación de sus profundos estudios críticos, que Zorrilla no era un grande lírico, porque lo que más atrae en sus composiciones no es la intimidad del pensamiento, sino la magnificencia de las descripciones, cuando el poeta «*se sale de sí mismo*», para responder á los rumores externos que le fascinan,» y añade:

«Cuando verdaderamente adivinó su vocación fué en la primera leyenda, preludio de tantas otras, siempre admirables y nunca imitadas; tal es asimismo el secreto de su inmensa y omnimoda popularidad; privilegio reservado entre los artistas á solos los que, constituyéndose en eco animado de una nación ó de una raza, saben perpetuar en los bronce del imperecedero canto la imagen viva y elocuente de la tradición. La historia de España, pero esa historia que no se aprende en los descarnados cronicones ni en los archivos; historia íntima y palpitante escrita en el polvo y las ruinas de los vetustos monumentos, fué el venero inexhausto de donde tomó Zorrilla las pinturas que immortalizan su numen legendario. Viajero incansable por los espacios ideales, con la mente abstraída de la sociedad actual y el corazón puesto en la que le hacían columbrar sus ensueños, habla al escéptico indiferentismo con la fervorosa credulidad de otros días, y reproduce en su arpa de trovador las aéreas y lejanas notas que de ellos ha recogido.

»No será imposible que, pasados algunos siglos, si por ventura llegaran á perderse ó confundirse los datos biográficos, venga Zorrilla á ser enumerado entre los personajes míticos ó fabulosos, hijos de la fantasía popular, como sucedió con Valmiki y Homero. Sus leyendas son algo así como los poemas indianos ó el Romancero español; narración de proezas privativas de un gran pueblo, conjunto de rasgos fisionómicos é inconfundibles, epopeya fragmentaria sin otra unidad que la del principio interno y generador de las partes. Al anacrónico endiosamiento de los héroes griegos y romanos, de Horacio Cocles y Atilio Régulo, de Bruto y de Catón, sustituye Zorrilla las virtudes cristianas y el valor indomable de los hombres nacidos en una edad injustamente llamada de barbarie, y en la que ni estaba absorbido, como en la antigua, el individuo por el Estado, ni los corazones grandes necesi-

taron para adquirir ese nombre apelar al arma suicida. Crímenes, errores, ignorancias y torpes leyes hallaban entonces el contrapeso de unas creencias purísimas y universalmente respetadas, de altos y esplendorosos ideales que todo lo dignifican y transforman.

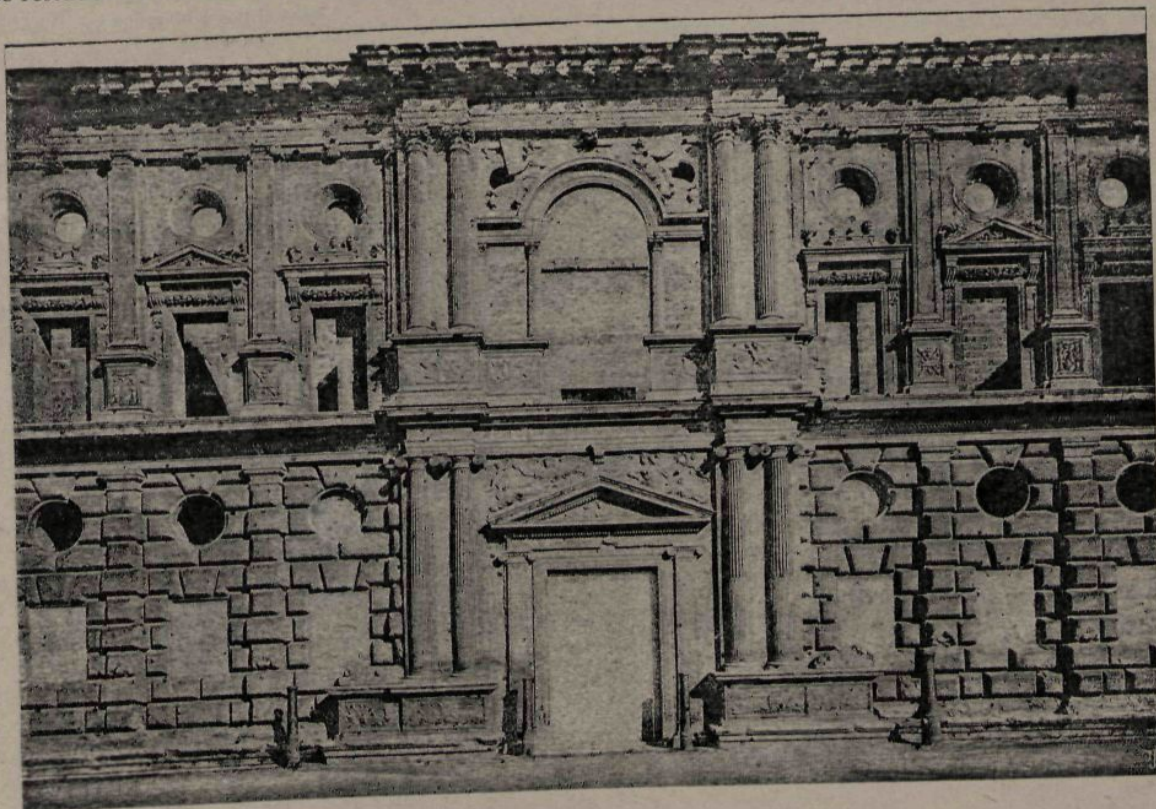
»Desde Rodrigo hasta Isabel, desde la fatídica rota del Guadalete hasta la rendición gloriosa de Granada, el genio creador de Zorrilla ha sabido desenvolver un ciclo poético, quizás con el fin único de entretener ocios y dar pasto á las fantasías meridionales, pero formando en realidad algo superior y que no morirá mientras exista y pueda entenderlo la raza española. Los encantos de la religión y las increíbles hazañas de los paladines, los despedazados residuos de la abadía y del alcázar fronterizo,

los cantos del trovador errante y la salmodia de los monjes solitarios, ajimeces y celosías, calados y rosetones góticos, esos son los atractivos que mueven el corazón y la pluma de Zorrilla para ofrecerlos á nuestros ojos con el poder irresistible de la realidad embellecida por el arte.

»Rompiendo de frente con la doble y funesta tradición de Boileau y Vasari, se extasiaba al contemplar las poéticas memorias y los prodigios arquitectónicos de la Edad Media; y comunicando el aliento de vida á las fantásticas narraciones del santoral monástico y de las leyendas regionales, hizo de las suyas un conjunto variado y hermosísimo sobre toda ponderación.»

Es difícil decir nada más completo y sobre todo decirlo mejor.

Zorrilla no era ni quería ser trascendental á la manera moderna.



FACHADA DEL PALACIO DE CARLOS V EN GRANADA

Cantaba porque sentía la necesidad de cantar, y su canto brotaba espontáneo de su fantasía como el gorjeo sale de la garganta del ave, como el agua surge cristalina y pura del manantial, sin esfuerzo, y sin objeto determinado. Otros componen artículos de fondo, en versos más correctos y mejor contruidos que los suyos, pero ninguno tiene el secreto de apoderarse de nosotros con encanto irresistible y evocar las ruinas del pasado y poblarlas de sombras que á su voz toman cuerpo, y adormecernos en éxtasis delicioso con la magia imponderable de sus melodías.

Pequeño, enjuto, nervioso y vivaracho, de poblado bigote y luenga perilla, que los años habían blanqueado, parecía un coronel retirado. Si en lugar de verle vestido con la prosaica levita ó el desairado frac, le imagináramos con la ropilla acuchillada y el chambergo sobre la frente, pudiéramos tomarle por la encarnación de cualquiera de los héroes de sus leyendas inmortales.

Era un lector inimitable. Tenía voz sonora y á la vez

dulcísima, capaz de todas las inflexiones. No declamaba, leía, pero leía en cierto modo cantando, con una música especial suya, que daba más valor á los versos. En prosa no le oí leer nunca, é ignoro, por lo tanto, si había llegado á vencer ésta, que es la gran dificultad de los lectores.

El pobre bardo, en lucha siempre con las impurezas de la realidad, vióse obligado en varias ocasiones á presentarse en los teatros para dar lecturas públicas por un salario mezquino. Hasta, contratado por un empresario, recorrió algunas provincias con este objeto, y mientras duraba la excursión, no tenía derecho de leer en ninguna parte sin permiso del especulador que le había contratado. Más afortunados los antiguos trovadores, corrían de castillo en castillo, pagando con sus trovas la hospitalidad que recibían, pero al menos cantaban donde les parecía conveniente.

Como autor dramático compuso muchas obras, entre las cuales no es posible dejar de citar con encomio *El*

puñal del godo (escrita en una noche), *El zapatero y el rey*, una de las más populares; *Sancho García*, la hermosa leyenda trágica; *Traidor, inconfeso y mártir*, la más perfecta si no la más inspirada de todas, y el famoso *Don Juan Tenorio*, «ese rey de la escena,» como dice el P. Blanco.

Elegido individuo de número de la Real Academia Española, rompió con la antigua costumbre de leer en el acto de su admisión un discurso en prosa, y compuso el suyo en verso. Hizo perfectamente, porque él no sabía escribir en prosa. Los *Recuerdos del tiempo viejo*, lejos de desmentir esta afirmación, la confirman.

Un distinguido escritor catalán y colaborador de LA VELADA, el señor don Teodoro Baró, tuvo la satisfacción de defender en el Congreso una proposición de ley para que se le concediera la pensión que ha hecho menos angustiosos los últimos años del poeta. ¡Bien merece el que tanta gloria ha dado á España, que la patria agradecida le diese un pedazo de pan en los días de su vejez!

Y aquí podría terminar este trabajo, si no creyese de gran interés añadir algo que se refiere á las creencias religiosas de Zorrilla.

El poeta vallisoletano ha fallecido sin recibir los últimos auxilios espirituales. Pero esta omisión lamentable, no se le puede imputar á él, que los pidió con tiempo, ni siquiera á la que fué su esposa, que, postrada hace muchos meses por la enfermedad que padece y agobiada por la tribulación de aquellos momentos, pudo muy bien creer que la cosa daba más espera. Es tan fácil discurrir con el deseo, que la muerte de los seres queridos nos sorprende siempre. Otros, acaso, entre los que rodeaban al poeta, debieron ser más previsores. Es triste que no lo fueran.

En cuanto á él, tres días antes reclamó la presencia del confesor, el cual, ausente de Madrid, no pudo acudir al lado del enfermo. Cuando ya en el trance supremo se llamó á otro sacerdote, era tarde.

Pero Zorrilla, el cantor de las tradiciones españolas, era profundamente religioso, profundamente cristiano y profundamente católico. Toda su obra poética está impregnada de estos sentimientos, sin lo cual no tendría el carácter de españolismo que la distingue y avalora.

Creo que importa, después de la omisión lamentable de que he hablado, dejar esto bien sentado, y espero hacerlo con palabras del mismo poeta, que no dejan lugar á duda.

Escribe en París el poema *Granada*, y comienza con esta introducción, que con verdadero placer copio:

« ¡Cristiana inspiración, hija del cielo,
que diste ser á mi canción primera,
de mi existencia en el placer y el duelo
guía siempre leal y compañera!
Tú, que al vestirme mi mortuorio velo,
dirás conmigo mi oración postrera,
tú, que abrirás con el sepulcro al alma
de la tranquila eternidad la calma;

Tú, que al soplo de un aura perfumada,
con mi espíritu errante has recorrido
los desiertos del África abrasada,
pensil de palmas, de serpientes nido;
y los cármes frescos de Granada,
edén para los árabes perdido;
y los talleres de Albión oscura;
y de París la bacanal impura.

Tú, que perenne, con materna mano
conservaste en mi alma por doquiera
de la Esperanza el incorrupto arcano
y de la Fe la inextinguible hoguera;

tú, que al cruzar el arenal mundano
has templado mi sed rabiosa y fiera
aplicando á mis labios la ambrosía
del cáliz de la dulce poesía;

No me abandones hoy que necesito
purificar y esclarecer mi idea
al fuego santo del fanal bendito
do inflamó Dios su inextinguible tea:
hoy que anhelo una voz de eco infinito,
que más que de mortal robusta sea,
para enviar á la tierra en que ví el día
en alas de un cantar el alma mía.

Inspiración católica, más fuerte
que los tres elementos destructores
de la envidia, del tiempo y de la muerte,
cífie mi sien y mi latid de flores:
mágico encanto en mis palabras vierte
y, en brazos de los vientos voladores
del turbio Sena al pobre Manzanares
lleva mi corazón en mis cantares.

Vuela y á España dí que todavía
sin ira y sin pavor mi voz resuena
sobre el festín de la centuria impía
que á sus míseros hijos envenena
brindándole las copas de su orgía
que la revolución con sangre llena:
dila que hasta que espire en mi garganta
celebraré su gloria y su fe santa.»

Esto me parece que no puede ser más terminante. El poeta, no sólo invoca la inspiración cristiana, sino la católica. Prosigue el poema, y en la leyenda de Alhamar el Nazarita canta á Dios en octavas tan hermosas como esta:

Él los errantes astros encamina;
Él azula la atmósfera serena;
Él crea y Él destruye; alza y arruina;
Él, infalible juez, salva y condena,
Él solo ni envejece ni declina,
su nombre solo los espacios llena,
el orbe encima de su palma cabe,
sólo Él no yerra nunca, sólo Él sabe.

Los críticos descontentadizos, han censurado el penúltimo verso diciendo que Dios no tiene manos, pero aparte de que como figura poética podría defenderse, yo no hago en este momento crítica literaria. Mi propósito es demostrar la religiosidad del poeta, y nadie podrá negar que ese *juez infalible que salva y condena*, es no sólo el Dios de los cristianos, sino el Dios de los católicos.

Si fuera posible abrigar alguna duda sobre su perseverancia en las hermosas y arraigadas creencias de toda su vida, quedaría desvanecida con sólo fijar la vista en *El Liberal* del día primero de este año. Invitado Zorrilla á dar una composición para este número extraordinario, escribe los siguientes versos, como si quisiera demostrar, que si ya no era el gran poeta de otros tiempos, seguía siendo el fervoroso creyente de toda su vida:

« Cuando me falte tierra donde fijar mi planta,
cuando me falte cielo donde tomar la luz,
tras tanta gloria efímera, tras experiencia tanta,
ni en la alma ha de faltarme de Cristo la fe santa,
ni fosa en que me entierren á sombra de una cruz.»

Parece que ya sentía los pasos de la muerte y se disponía á recibirla, haciendo pública y consoladora profesión de fe.

Veintitrés días después de la publicación de estos versos dejaba de existir.

Podrá el poeta, que al fin no era un teólogo ni un

Padre de la Iglesia, haber tenido la desgracia de que se escape de su pluma algún pensamiento digno de censura, pero puede asegurarse que esto se debe á un arrebató de su fantasía, á un error de su inteligencia, á cualquier cosa, menos á falta de fe.

Y que la suya no era una vestidura convencional, con que se engalanaba para pulsar la lira, lo demuestra su correspondencia íntima y privada en que no tenía necesidad de presentarse sino como era realmente.

En Mayo del año pasado escribía al marqués de Valmar, su amigo y condiscípulo del Seminario de Nobles, hablando de la enfermedad de su esposa, y en esta carta se encuentra una prueba concluyente de que no sólo *creía*, sino también *practicaba*. Dice así el primer párrafo:

«Mi querido amigo: la situación es la misma. La dificultad de dar á Juana el Viático, sin que se apercibiera de su gravedad, se obvió muy sencillamente. Nuestro confesor, el canónigo Panadés, vino de Alcalá el 27, avisándonos antes por telégrafo que permanecería con nosotros el 27 y el 28. A este anuncio, ella misma me dijo: «y puesto que en Pascua no hemos cumplido con la Iglesia este año, sería bueno aprovechar esta venida de Panadés.» Y como ya estaba yo convenido con él, y como Juana no puede ya salir de casa por la hinchazón de las piernas, el canónigo nos confesó por la noche con toda tranquilidad, y á la mañana siguiente nos trajo el Viático de la parroquia de San José, y sólo los vecinos del segundo se enteraron del caso, por haber encontrado en la escalera al padre Panadés con las vestiduras sacerdotales, y al sacristán con el farol.»

Es grato publicar estas cosas, para hacer patente que las creencias y las prácticas religiosas no son, como piensan algunos desdichados, patrimonio de gentes sencillas, ignorantes y oscuras, sino que sirven también para dar inmarcesible brillo á las coronas que el genio ciñe á su frente laureada.

En otra carta escrita al mismo personaje, después de lamentar sus desgracias que atribuye á castigo de Dios, por los disgustos que en su juventud dió á sus padres, habla largamente de los padecimientos de su esposa, y añade:

«Si ella me llegara á faltar, no necesitaría de nadie; y con lo que cobro me bastará para solventar poco á poco mis deudas, y morir yo en paz con Dios, aunque el mundo no comprenda nunca el cómo y el por qué. Tengo un grande afán por concluir mi vida en la oscuridad, donde la luz de mi miserable gloria no llegue, y donde no arrastren mi cadáver por las calles, dando el último escándalo de un entierro pagano; en que las cómicas me echen las últimas flores, como á Voltaire ó á un histrión griego.»

He copiado este párrafo, porque los académicos que dispusieron su entierro, arrojando las censuras, que no les ha escaseado una parte de la prensa, acordaron que el cadáver no pasara por delante de los teatros, para traerlo á las manifestaciones de rúbrica.

No tenían entonces conocimiento de esta carta, pero cuando la hayan leído, habrán tenido la satisfacción de ver que al tomar ese acuerdo, propio de su piedad acendrada, cumplían la postrera voluntad del difunto.

Estuvieron, pues, bajo todos conceptos, verdaderamente inspirados el ilustre Padre Fidel Fita, el insigne autor dramático don Manuel Tamayo y Baus y el distinguido hombre público don Antonio María Fabié, que son los que en nombre de la Real Academia Española ordenaron todo lo necesario para rendir el último tributo al inmortal poeta.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

NUESTROS GRABADOS

Homenaje al poeta José Zorrilla con motivo de su solemne coronación en la ciudad de Granada

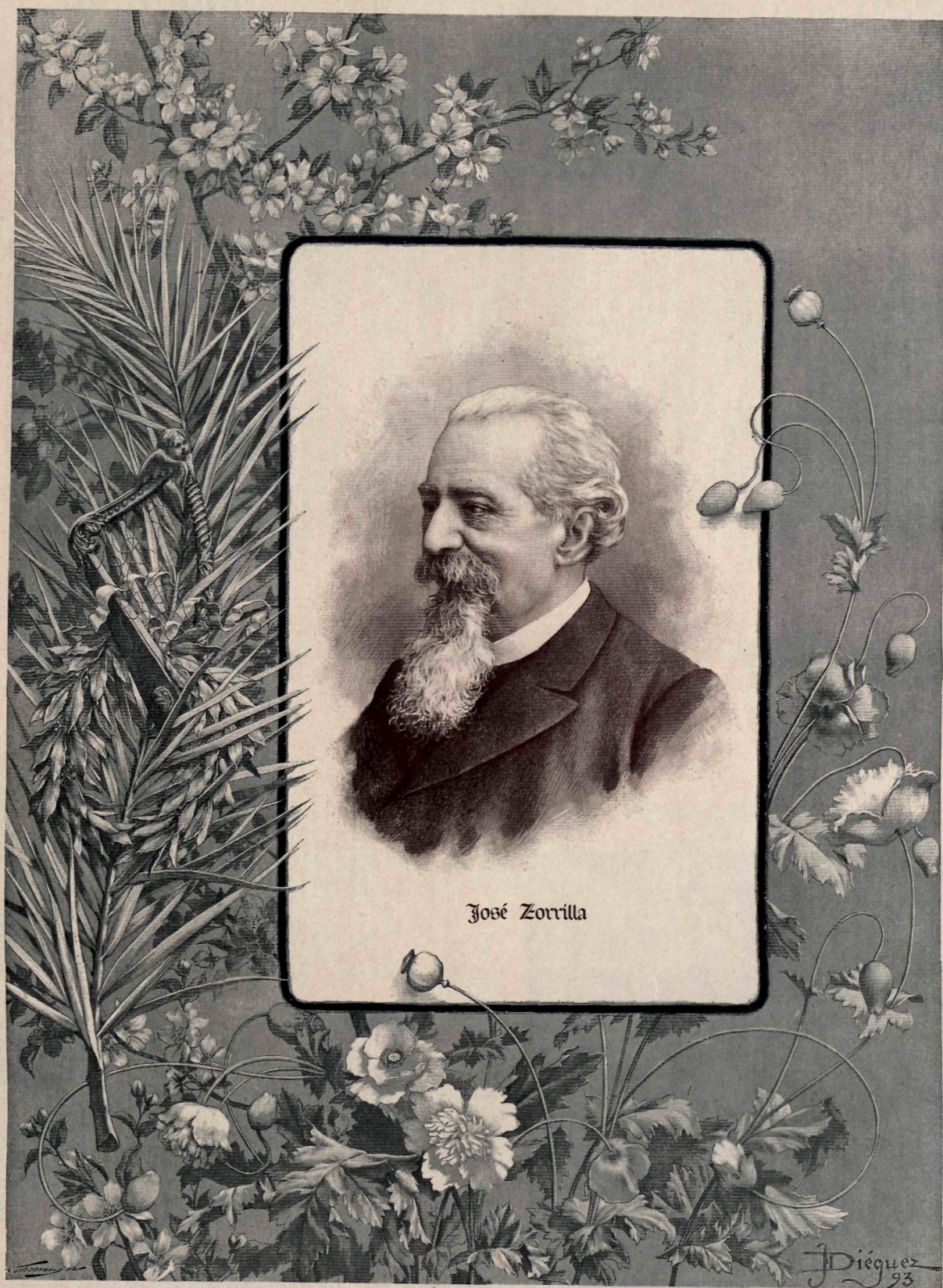
Quiso la ciudad de Granada honrar en vida al insigne Zorrilla, con una de las más elevadas manifestaciones de honor. Tal fué la ceremonia de coronarle, que sólo se había hecho en nuestra patria con don Manuel Josef Quintana. ¿Cómo había de olvidar aquella morisca ciudad, que el inspirado poeta le había elevado un monumento imperecedero en el poema oriental *A Granada*? Caerán edificios monumentales, en polvo quedarán reducidas muchas estatuas y aun las generaciones guardarán memoria del poema y recitarán los majestuosos versos de la introducción del *Libro de las Perlas*:

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
Oculto del espacio tras la cortina azul,
Que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
Del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura
En verso claro y fácil á comprensión común.
Leed y plegue el cielo que os sea su lectura
Raudal de fe sincera, venero de salud.

Verificóse la ceremonia de la coronación en el palacio llamado de Carlos V unido á la Alhambra, y formó parte de las fiestas un desfile, en el que figuraron los representantes de diversas ciudades, entre ellas Barcelona, de Universidades, Institutos y Escuelas, de Asociaciones literarias y de otros distintos Centros que desearon asociarse á un acto de tanta significación para la literatura y la poesía de España. Este desfile, que fué suntuoso é imponente, reproduce el grabado que va en este número.

Fachada del palacio de Carlos V en Granada

Damos en esta lámina la fachada del llamado Palacio del Emperador, en donde se celebró la coronación de Zorrilla en el año 1888. Tiene un gran patio de forma circular, con columnata dórica y es una obra soberbia, pero fría al lado del alcázar árabe, en cuyas ruinas, según fama, se levantó la nueva fábrica. Presenta la fachada la misma frialdad del interior, viéndose en ella la superposición de diversos órdenes arquitectónicos, conforme á las reglas de Vitruvio, que se imponían entonces á todas las inteligencias. «Enorme masa de piedra, distribuida no por la inteligencia, sino por el compás del geómetra» llama á este palacio un distinguido historiador español que se ocupó en reseñar las bellezas de la historia y del arte en Granada. Con todo, el conjunto del palacio, de planta cuadrada, ofrece grandiosidad; hay riqueza en los magníficos mármoles empleados en el exterior y en el interior; se nota, por fin, el arte del Renacimiento, con sus elegancias y delicadezas, en bajos relieves y medallones esculpidos por artistas de privilegiado talento.



Diéguez
93



A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO ⁽¹⁾

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

ENTRE pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo,
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en la espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.

Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo á sus pies pasando
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,

cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura,
y tan á la sombra vela
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura
ganando el centro á la calle
resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?— y á corta distancia
el compás igual se escucha

de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—¿Quién va? repite, y cercana
otra voz menos robusta
responde: — Un hidalgo: ¡calle!
Y el paso el bruto apresura.
—Téngase el hidalgo, el hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle,
repusieron con mesura,
que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone,—
dijo el mozo en faz de fuga,
pues teniéndose el embozo
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre! — clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave pidiendo
á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
tomó la cabalgadura,
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Ibán de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

(1) Esta leyenda forma parte de la edición de las obras de don José Zorrilla, hecha en París por el editor Baudry, hoy Mesnil Dramard et C.^{ie}, rue Jacob, 45. — 3 vol. 8.^o, 30 francos. — Cada tomo separadamente 10 francos.



II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol tocando su ocaso
apaga su luz gigante:
se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
tiende galán por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje,
y porque su altiva gala
más á los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida,
en manos de musulmanes.
Allí recibió, *Galiana*
á su celoso amante
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve al castillo
de San Servando ó Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que, político y constante,
tuvo siempre el brazo queto
las palmas al horadarle.

Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer concilio
las palabras de los padres,
que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino á los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes
y los prelados y abades
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguno aguardase.
Los tímidos aceleran,
los pasos al divisarle,
cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle,
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.

Una mujer también sola
se viene el llano adelante
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:

— Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que entró un hombre en mi aposento
durante su ausencia sabe:
y así quien mancha mi honra
con la suya me la lave;
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando á un lado el embozo,
repuso palabras tales:
— Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
— ¡Júralo! exclamó la niña.
— Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.
— Diego, la palabra es aire
— ¡Vive Dios, que estás tenaz!
dalo por jurado y baste.
— No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flandes

— ¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
— Que á los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano
del santo Cristo delante.

Vaciló un punto Martínez,
mas porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
viase allí un crucifijo
teñido de negra sangre
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:

— Diego, ¿juras
á tu vuelta desposarme? —
Contestó el mozo:

— ¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.



III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
su vuelta aguardando en vano,
oraba un mes y otro mes
del crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía á ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abruma
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
doraba el sol de occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores
tornasolada la escama
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano
en confuso remolino
vió de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y sin pluma al diestro lado
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
gritando: — ¡Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
dijo: — ¡Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es! —

Dió la triste un alarido,
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
encomendóla á su gente,
diciendo: — ¡Malditas viejas!
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las oscuras callejuelas.



IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzabase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey á su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio

por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien há poco entró en Toledo
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda á sus caricias
ni cura de sus lamentos;
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso,
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano perfiaba Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.

Abrazada á sus rodillas
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez
como lo era en otro tiempo.
Conque llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóla que á Inés llevarán
de grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
— Contigo se fué mi honra,
guardé yo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.

Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
por el rey gobernador
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y en la derecha el bastón.
Está como presidente
del tribunal superior
entre un dosel y una alfombra
reclinado en un sillón
escuchando con paciencia
la casi asmática voz,
con que un téntrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador,
los jueces medio dormidos
hacen pliegues al ropón,
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en disorde son
los que en el mercado venden
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,



suelto el cabello y el manto, tomó plaza en el salón, diciendo á gritos: — ¡Justicia, jueces, justicia, señor! Y á los pies se arroja humilde de don Pedro de Alarcón, en tanto que los curiosos se agrupan alrededor. Alzóla cortés don Pedro calmando la confusión y el tumultuoso murmullo que esta escena ocasionó, diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo un juramento empenó.
—¿Quién es él?
—Diego Martínez.
—¿Noble?
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán, que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala, y á poco en el corredor se oyó de botas y espuelas el acompasado son. Un portero levantando el tapiz en alta voz, dijo:—El capitán don Diego.— Y entró luego en el salón Diego Martínez, los ojos llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Diego, díjole don Pedro, vos?— contestó altivo y sereno Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.—
—¿Hicisteisla juramento de ser su marido?

—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.
—Pues id con Dios.
—¡Miente! exclamó Inés llorando de despecho y de rubor.
—Mujer, piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.
—¿Tienes testigos?

—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios, y dispensad que acusado dudara de vuestro honor.—
Tornó Martínez la espalda con brusca satisfacción, é Inés, que le vió partirse, resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
—Llamadle otra vez, señor!—
Volvió el capitán don Diego, sentóse Ruiz de Alarcón, la multitud aquietóse y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca faltó verdad ni razón.
—¿Quién?

—Un hombre que de lejos nuestras palabras oyó mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio donde há tiempo que espiró.
—¿Luego es muerto?

—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
—¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces al nombre del Redentor, escuchando con asombro tan excelsa apelación. Reinó un profundo silencio de sorpresa y de pavor, y Diego bajó los ojos de vergüenza y confusión. Un instante con los jueces don Pedro en secreto habló, y levantóse diciendo con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos; tu testigo es el mejor, mas para tales testigos no hay más tribunal que Dios. Haremos... lo que sepamos; escribano, al caer el sol al Cristo que está en la vega tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena cuya luz tornasolada del purpurino horizonte blandamente se derrama. Plácido aroma las flores sus hojas plegando exhalan, y el céfiro entre perfumes mece las trémulas alas. Brillan abajo en el valle con suave rumor las aguas, y las aves en la orilla despidiendo al día cantan.

Allá por el Miradero por el Cambrón y Visagra confuso tropel de gente del Tajo á la vega baja. Vienen delante don Pedro de Alarcón, Ibán de Vargas, su hija Inés, los escribanos, los corchetes y los guardias; y detrás monjes, hidalgos, mozas, chicos y canalla, otra turba de curiosos en la vega les aguarda,

cada cual comentariando el caso según le cuadra. Entre ellos está Martínez en apostura bizarra, calzadas espuelas de oro, valona de encaje blanca, bigote á la borgoñona, melena desmelenada, el sombrero guarnecido con cuatro lazos de plata, un pie delante del otro, y el puño en el de la espada. Los plebeyos de reojo le miran de entre las capas, los chicos al uniforme y las mozas á la cara. Llegado el gobernador y gente que le acompaña, entraron todos al claustro que iglesia y patio separa. Encendieron ante el Cristo cuatro cirios y una lámpara, y de hinojos un momento le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega la cruz en tierra posada, los pies alzados del suelo poco menos de una vara; hacia la severa imagen un notario se adelanta, de modo que con el rostro al pecho santo llegaba. A un lado tiene Martínez, á otro lado á Inés de Vargas, detrás el gobernador con sus jueces y sus guardias. Después de leer dos veces la acusación entablada, el notario á Jesucristo así demandó en voz alta:
—«Jesús, hijo de María, ante nos esta mañana citado como testigo por loca de Inés de Vargas, ¿juráis ser cierto que un día á vuestras divinas plantas juró á Inés Diego Martínez por su mujer desposarla?» —
Asida á un brazo desnudo una mano atarazada vino á posar en los autos la seca y hendida palma, y allá en los aires— ¡Sí juro!— clamó una voz más que humana.



Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

JOSÉ ZORRILLA.



La estación en que se efectúa la postura de las gallinas empieza en el mes de Enero, llega á su máximo durante la primavera y termina completamente al entrar en la época de la muda.

Si bien la gallina pone sin que sea necesaria la intervención del gallo, la presencia de éste hace la postura mucho más fructuosa.

Si la gallina es precoz, empieza á poner á los seis meses de edad. Según Barral, una buena ponedora, durante toda su vida, no pone más allá de 600 huevos, á saber: 80 el primer año, 120 el segundo, 120 el tercero, 80 el cuarto; más adelante el número de posturas van siempre en disminución.

La fecundidad de las gallinas es muy variable y las hay que sólo producen un huevo cada tres días, otras cada dos y otras, si bien son muy raras, uno diario.

La manera de estar cuidadas las gallinas influye poderosamente en la postura. Si están mal alimentadas ponen poco y sólo producen huevos muy pequeños; si están demasiado gordas los huevos se hallan desprovistos de cáscara.

Los prácticos en la materia recomiendan dos procedimientos para activar la postura: procurar en general que las aves conserven la temperatura elevada y darles al propio tiempo una alimentación especial.

Para dar por un medio económico calor á las aves en una granja, se instala el gallinero en lugar que esté en comunicación directa con los establos, con los corrales ó con las máquinas de vapor, en las granjas donde las haya, al objeto de conservar, durante la época de los fríos, una temperatura relativamente elevada sin que ocasione gasto alguno. Gracias á este procedimiento se obtienen grandes ventajas del corral, pues que los huevos frescos son mucho más caros en invierno que durante las demás estaciones del año.

Si á la gallina ponedora le es fácil encontrar en la granja, ya en el fondo del establo, ya en un rincón de la cuadra, el lugar caliente que necesita, no acontece lo mismo con la gallina instalada al aire libre. Por manera que es indis-

pensable cerrar perfectamente el gallinero de esta última, si bien dejando un paso que permita salir á la gallina durante las horas de sol.

Si se quieren tonificar los alimentos de la volatería pueden añadirse granos estimulantes que sean algo picares y que contengan un aceite esencial, tal como el tornasol, la menta piperita, ó bien las hojas de ortiga seca, cortada á pedacitos, etc.

Existen otras sustancias más ó menos preferidas por los que se dedican á la industria de la cría de aves en general; tales son el trigo, el alforfón, la avena, los desperdicios de las carnes, etc. M. Voittellier aconseja el empleo del trigo encalado, tal como se prepara para la siembra. Para ello se toma un litro de cal viva, que se hace disolver en doce litros de agua caliente, mezclándolo todo por medio de un palo. Al propio tiempo colócase el trigo en un montón, y una vez así dispuesto, se le echa encima el líquido tal como queda preparado, hecho lo cual se toma una pala de madera y se remueve con ella el trigo hasta que todos los granos queden convenientemente impregnados de aquella mezcla. Según M. Voittellier, si bien no encuentran las gallinas este alimento muy exquisito y sabroso, lo comen sin inconveniente y el régimen de esta alimentación es inofensivo mientras no se prolongue por demasiado tiempo.

El retiro favorito de la ^{***}reina Carlota, era Kew. El pabelloncito que habitaba lo encontrarían demasiado vulgar la mayor parte de los simples particulares de nuestros días. Esta reina, si bien poseía pocos atractivos, tenía sólido talento y reunía grandes cualidades. Fué un modelo de esposas en Inglaterra: los ingleses nos cuentan los asiduos cuidados y preferentes atenciones que no cesó de prodigar á Jorge III durante su larga y cruel enfermedad. En Kew vivía muy retirada con su real esposo; á menudo se les veía sentados bajo la espléndida sombra de los cedros, donde, olvidando los cuidados del trono, se dedicaban á la botánica. Aconteció que un día una *lindísima niña pasaba junto á la real señora* y ésta le llamó: era la hija de un emigrado francés.

La tierna niña había llenado su delantal de flores campestres que acababa de coger de los verdes campos. La reina primero le habló en inglés, pero como la niña no le comprendía (hacía muy poco tiempo que había llegado á Inglaterra) le habló en francés y le dijo:

—Son muy bonitas esas flores ¿para quién las has recogido?

—Para mamá, que es muy aficionada, pero que no puede venir á ver las hermosas plantas que hay aquí, porque está enferma.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Oh! sí, señora, ¡mucho tiempo, mucho tiempo!... desde que tuvo noticia de la muerte de papá, que los malvados mataron.

—¡Pobre criatura! dijo el rey Jorge pasando su angustia mano por la cabellera de la francesita; ¡pobre criatura! que Dios conserve la vida de tu madre.

—Es lo que le pido yo todos los días, y no obstante no le devuelve la salud... Quería quedarme hoy á su lado, pero no lo ha querido y me ha mandado aquí con la niñera.

Entonces Carlota se levantó y rogó al tierno infante que le acompañara adonde estaba su niñera.

La anciana sirvienta estaba muy lejos de sospechar que aquella señora que se acercaba tan modestamente vestida, dando la mano á la chiquilla, fuese la misma reina.

—¿De dónde viene usted, señorita Luisa? preguntó con tono severo á la niña; le había encargado que no se alejara usted.

—No la riña, dijo la reina, me hablaba de su madre y vengo á suplicar á usted que me acompañe á su presencia.

—¡Mi señora está muy mala!

Y al pronunciar la anciana estas palabras, tuvo que enjugarse con las manos algunas lágrimas.

Carlota entonces añadió:

—Tal vez me sea dable disminuir sus penas... serle útil... Vamos, regresemos juntas á su casa.

Y tomó al decir esto la mano de la niña.

No tardaron en llegar á la casa que habitaba la emigrada:

—¡Mamá! ¡mamá! ahí tiene usted una señora muy buena que viene á verla á usted..., me ha prometido que cada día me daría flores muy bonitas para usted.

Al oír esta voz la señora enferma que se hallaba junto á la ventana contemplando el sol en el ocaso, intentó levantarse, pero la reina se lo impidió.

Y sentándose en una silla que allí muy cerca había, le dijo:

—¿Sufre usted mucho, señora?

—No tengo ya fuerzas para sufrir, pero he sufrido mucho, contestó la pobre emigrada.

—Su hermosa niña me lo ha dicho, y vengo á proponer á usted un cambio de morada: esta es húmeda y malsana; tengo una habitación muy cerca de aquí y permítame usted que mañana la venga á buscar.

—¡Oh, señora! me quedan tan pocos días de vida, que no vale la pena...

—Aparte usted de su imaginación esta triste idea, piense usted en su hija y acepte usted mi ofrecimiento. Nada; mañana vendré á buscarla á usted... tanto yo como mi marido sentimos un particular afecto por los emigrados franceses.

—¡Oh! tanto mejor, tanto mejor, exclamó la niña; estoy muy contenta de que vayamos á una casa grande... Mamá, estará usted mejor que aquí.

Al día siguiente se presentó un carruaje á buscar á la pobre enferma... Hasta que llegaron al pabellón de Kew, no supo quién era su bienhechora... ¡Quién hubiera adivinado que se trataba de una reina, repetía sin cesar la anciana criada, con un vestido de indiana y un sombrero de paja! Los más exquisitos cuidados se prodigaban á la señora francesa, pero con todo, su salud no mejoraba: los disgustos habían minado ya del todo su corazón. Luisa se resistía en creer que un buen piso y un magnífico jardín no bastaran para curar á una madre; ¡estaba tan contenta jugando junto á la pajarera de la augusta dama y dando de comer á los pajaritos!

En cierta ocasión en que el rey Jorge era víctima de uno de sus habituales ataques de melancolía, quedóse suspenso al oír la dulce voz de la niña que cantaba. Llamóla, y haciéndola sentar el rey sobre sus rodillas, le dijo:

—Luisa, canta lo que hace poco rato cantabas.

—¡Oh! es muy triste, contestó la niña.

—No importa, me gusta la canción y me complacerá mucho que la repitas.

Entonces Luisa, obedeciendo, dió principio á la canción elegíaca dedicada á la muerte de Luis XVI.

¡Oh pueblo! ¿qué mal te hice, dí?

Mientras la hija de la emigrada cantaba, el anciano monarca de Inglaterra, sin apartar los ojos de la niña, derramó algunas lágrimas, y durante el resto del día quedó

en una profunda y triste melancolía. Por la noche, cuando estuvo solo, cuando ya no había luz en la habitación, se sentó al piano y repitió la melodía del *Pobre Faime*, sobre cuyo tema fué compuesta la elegía.

A partir desde aquel día, llamaba muy á menudo á la huerfanita (porque su pobre madre había ya fallecido) y le decía:

—Canta el aria de Luis XVI.

Cuando empezaba, el anciano se sentaba en un piano-órgano y la acompañaba con dulzura. Era en verdad una escena conmovedora ver á esta niña cantando las desdichas de un rey á otro rey cuya resignación Dios ponía á prueba. El afecto de la reina por Luisa aumentaba cada día, y á aquella excelente reina debió la pobre huérfana el ser dotada y contraer ventajoso matrimonio en Inglaterra.

Para combatir la sordera se aconseja la siguiente pomada.

Veratrina.	10 centigramos
Yodo.	25 miligramos
Yoduro de potasio.	1 gramo
Cerato de Galeno.	10 gramos

Mézclese con mucho cuidado. Tres veces al día se fricciona la parte posterior de la oreja con una porción del tamaño de un guisante.

Para aumentar el amor que tenemos á nuestro país natal, el mejor medio es residir por algún tiempo en país extranjero.—SWIFF.

El primer libro de una nación es el diccionario de su lengua.—VOLNEY.

Los hombres casi aman tanto sus defectos como sus buenas cualidades.—CRISTINA DE SUECIA.



Solución á la charada anterior:

GRA-NA-DA

Solución al rompe cabezas:

ENRIQUE
ADRIANO
REMIGIO
CLAUDIO
ANTONIO
ALFREDO
AURELIO

CHARADA

Mi *todo* es tan bravo y fiero
que guardar algo prefiero
y no decirlo á la gente
hasta el número siguiente.

Una *dos*, lector amigo,
que *dos tres* tomes, te digo;
comiendo sin dilación
un *prima tres* de pichón.

Cuando soñaba en el *todo*
sufría y *tres dos* de un modo...
mas por no cansarme el húmero,
aguardaré al otro número.

Comunicada por D. CONSTANTINO PLA.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUOVO
DIZIONARIO DE CHIMICA
POR EMILIO BOUANT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, hechas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATOLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y en todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

EL MÉDICO DENTISTA

D. JOSÉ BONIQUET

ha trasladado su gabinete de la PLAZA REAL, n.º 2, á la CALLE PELAYO, n.º 54, principal



El aperitivo de más confianza son seguramente las PÍLDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave é igualmente tan eficaz. La favorita son las

Píldoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Píldora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia



Segura, Eficaz y Agradable.

Quando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tomese las Píldoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

CRISTÓBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENCIO

Edición monumental. — Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía

FÉCAMP

LIQOR

EXQUISITO al DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS

108, cours du Jardin-Public



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.